

EL CONGRESO DEL P. S. O. E.

10-XII
1976



OR vez primera desde 1932, el P. S. O. E., que en su sector renovado encabeza Felipe González, ha podido celebrar su Congreso den-

tro de España. Este es, sin duda, un hecho francamente positivo. Como lo es también que ninguna circunstancia anómala digna de mención haya turbado el normal desarrollo de sus sesiones. En todo caso, al margen de la insuficiente porosidad informativa que ha restado clima popular a las deliberaciones del Partido Socialista Obrero Español, el dato favorable de un respaldo excesivamente inequívoco por parte de la gran familia del socialismo internacional. Obvio es decir que tal acontecimiento, en vísperas del referéndum nacional para la reforma política, expresa la voluntad democratizadora del Gobierno. Otro indicio revelador de que nuestro país vive un proceso de cambio veloz sin fracturas sociales, que opera a favor de la normal asimilación del pluralismo ideológico.

■ Es evidente que el P. S. O. E. constituye una de las opciones pluralistas tal vez de mayor atractivo, con peso específico y, desde luego, con posibilidades para conectar con amplios sectores del país. Ello explica que el Congreso haya suscitado, más que curiosidad por lo novedoso de su celebración, verdadero interés y expectación. Ahora bien: ¿ha respondido el Congreso a la expectativa que provocó su convocatoria y desarrollo? Por de pronto, es justo señalar que se ha movido dentro de una tónica de relativa moderación. Sus conclusiones, salvo las que tienen un claro sentido de reclamo electoral, sólo podrían asustar a timoratos. Cosa distinta es que un eventual Gobierno de mayoría socialista pudiera hacerlas realidad, porque no es lo mismo actuar en el marco de contradicciones y compromisos que lleva implícito el ejercicio del Poder que socializar la economía y sustituir la empresa capitalista desde los planteamientos idealistas y puramente teóricos de la oposición.

■ No abrigamos, en general, reservas de importancia frente a las conclusiones del P. S. O. E., pero deseamos, naturalmente, que este clarifique su posición sobre aspectos de valor esencial, y entre ellos la evidencia de un camino transparente hacia el socialismo democrático. Por ahora, es lamentable reconocer que el socialismo, ahondada su escisión en grupos y sectores como fruto de este XXVII Congreso del P. S. O. E. renovado, no ha logrado todavía la unidad y fortaleza necesarias para aglutinar a la clase obrera española bajo una sola bandera. De momento, su fortaleza y capacidad de atracción sobre los trabajadores han de demostrarse, y el requisito fundamental tendrá que ser, inevitablemente, la superación de los litigios internos que hoy dividen al socialismo español. Por lo demás, su aceptación del juego democrático exige una rotunda credibilidad apoyada en hechos. El socialismo, al igual que las restantes opciones políticas, debe tener y tendrá su oportunidad en el proceso democrático. Muchas alternativas políticas son válidas para ir a la democracia, pero a condición de seguir también un camino inequívocamente democrático, señalado por la inviolabilidad de la Corona y el respeto a las Instituciones básicas del Estado, que son ejes del actual proceso hacia las libertades.

■ La pugna estéril con las instituciones de su época supuso la marginación e incluso el camino al Poder al socialismo de 1879 a 1930, o sea en el largo período de la Restauración. Sería de desear que un error idéntico —porque nadie está exento de equivocarse dos veces— no produjese los mismos efectos en este siglo. Nada es peor que el mimetismo maximalista con el pasado para una fórmula política. Esperemos que en este enorme error no vuelva a caer el socialismo español del último cuarto del siglo XX.